



Andrés Ibáñez
La duquesa ciervo



ANDRÉS IBÁÑEZ

La duquesa ciervo

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero 2017

© Andrés Ibáñez, 2017
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 171-2017
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-576-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para mi amor y para nuestros hijos.



Sueño de dragones

Ya elevan el vuelo los fieros dragones de Inglund.
Su viento ya agita los sauces de ambas orillas del Arne.
Ya elevan el vuelo las rojas serpientes aladas.
Su música harpada atraviesa quemando las hojas del álamo.

Quisiera cantar la elegancia que tuvo la vida en las salas de
entonces.
El oro del tiempo se abría en cascadas de luz y amapolas.
Sangre de dragones rugía en el aire y los hombres soñaban el
mundo.
Los cielos bullían de alas de hirviente caléndula.

Qué ilustre era el aire de entonces. Todo se elevaba
como una plegaria encendida en busca del águila última.
La reina del aire extendía la miel de su cálido sueño
cual bien merecido que abría hasta el cénit la llama del día.

Pensar era entonces soñar, pues los plácidos árboles
crecían felices a orillas de ríos, y augustos corderos
pacían las amplias praderas cubiertas de rojas camelias
y el arco del día soñaba una fuente de luz en la amable flo-
resta.

Qué sabio el castaño que crece dormido a la vera del río
velando el dormir del poeta que sueña esperando el milagro
del arte.
Saciado se hunde en la cima del aire y la sima se abre en su
cráneo

y se siente caer hacia el centro del mundo en un dulce olvidarse.

Qué plácido hundirse en las aguas oscuras del fin de la mente como el cocodrilo que nada entre azules nenúfares en busca del dulce pecado o el dulce alimento que no ha de saciarle o como el reflejo que ahonda en la noche falaz del espejo perdido a su suerte.

Allí, en el País invertido en que el tiempo es espacio, el huevo hialino contiene la yema de luz que insemina la tierra. Se rompe el espejo del mundo y el líquido ámbar se vierte. El arpa, la escama y el fuego se unen y surge la nueva criatura doliente.

Su ojo contempla distancias inmensas que el hombre no entiende. Su oído percibe el rumor de la tierra, del hierro y el oro. Su lengua conoce el sabor del poder, la violencia y la sangre, la eterna energía lo mueve a la guerra, a la vida y al odio.

No pide perdón por sus alas, sus garras, su incendio, su plaga. Se eleva en el sol y oscurece la luz con su luz transparente, oscuro en lo oscuro, radiante en la luz, la serpiente con alas domina el espacio y asciende a la eterna región de las nubes.

El lirio se unió a la fulgúrea ala del cisne, el áspid corimbo de trémulos pétalos ánade, rescoldos de fuego ranúnculo abrió en la ambrosía, alada serpiente tritón de rosada camelia.

Terrible su fuerza, dominio de nubes y almas, señor de volcanes y templos, palmeras y espadas,

sus alas no bastan para remontarle a lo alto del sueño
y cae en el oro, perdido en el ruido del mundo.

Metal hecho sangre es el oro que mata de sed a los hombres.
Caísteis de lo alto, dragones, envueltos en sangre y rocío,
cual caen las estrellas disueltas en sombra al final de la tarde.
Caísteis del cielo, dragones, criaturas divinas del aire.

Ya no es sueño el oro ni luz delicada que arde
cual sangre sutil en los ojos que abre la vela del mundo.
Ya no es vida el oro ni pura sustancia que nace en la fragua
del alma,
es sólo metal, es cadenas, espadas y hambre.

Hundidos yacéis en las cuevas del centro del mundo,
cuidando tesoros que son sólo piedras, metales y barro,
mientras en los campos los niños persiguen vilanos,
y leves muchachas se adentran desnudas en cálidas aguas.

Mirad, oh, muchachas, las aguas del tiempo flotando hacia
el árbol del sueño.

Muchachas de pálidos muslos que orzáis en las ondas del
mar del verano.

Mirad la camelia que pare un cordero que sueña una flor en
levante.

La flor se hace árbol y el árbol florece de frutas henchidas de
amor.

Aquí surge ya la respuesta, muchachas amables del mundo.
Varón de alba felpa, de belfo rosado y un cuerno dorado en
la frente,

que amante desciende del árbol, doncel del espejo, y viene a
tus plantas,

pues es el amor que le trae la victoria al que ya nada espera.

Pues es el amor que le trae la victoria al que llora y también
al que canta.

LIBRO PRIMERO
UNA SOMBRA SE CIERNE

UNA TORRE A LO LEJOS

Era la torre de Arnheim. El viejo Roster me la señaló con la sonrisa de los que regresan al hogar. Estábamos en lo alto de una colina y desde allá arriba se contemplaba la interminable extensión del valle del Arne, repartido en tierras de labranza, pastos, vetas de rocas cársticas, dolinas con lagos azules y manchas de bosque donde todavía cantaba el petirrojo y campeaban el corzo y el jabalí. La torre, visible desde una distancia de treinta millas, dominaba un edificio grande como una colina, erizado de arcos, torretas, ojivas y arbotantes, cuya magnificencia me dejó boquiabierto. ¿Era aquello Irundast? Irundast la bella, confirmó el viejo Roster. Irundast la fuerte. Irundast de Arnheim, el centro del mundo.

Jamás había contemplado una ciudad tan grande. Alrededor de la ciudad montaña se extendían barrios de casas de piedra, parques, puentes y canales. Fuera de las murallas también había edificaciones, además de campamentos de gente trashumante, zonas peligrosas, me explicó Roster, que debían evitarse a toda costa. Me sorprendió la cantidad de canales que había en Irundast. Todos se alimentaban, según me explicó el viejo Roster, del río Arne, muy caudaloso en las tierras del valle, dividido desde tiempos inmemoriales en todo un laberinto de vías de agua, esclusas y estanques que se utilizaban como reservas de agua potable, lagunas de recreo, cotos de pesca y vías de transporte.

Yo no entendía cómo se puede usar una laguna para recrearse (era entonces tan primitivo que el concepto de

«recreo» o «diversión» me resultaban incomprensibles), ni tampoco sabía lo que era un coto de pesca ni conseguía elucidar para qué querría nadie utilizar un camino de agua para transportar nada habiendo bueyes, carromatos y cómodos caminos bajo los sauces.

La torre de Arnheim. Todavía brumosa, indistinta en la distancia, como si estuviera hecha de nube o de sueño. Imposible me resultaba creer que allí dentro vivieran personas y durmieran mujeres en sus camas, que hubiera armarios llenos de pergaminos y monjes destilando flores, nidos de golondrinas en las cornisas y un rey en una terraza contemplando el mundo.

Atardecía cuando entramos en Irundast. Yo no paraba de mirar a la Torre de los Magos, oscura y amenazante. Tardamos en llegar hasta ella, ya que hubimos de atravesar los bulliciosos barrios de la ciudad, los zocos de los comerciantes y los muelles del canal del Arne, donde llegan enormes galeones y carracas de todos los puntos del mundo y donde se encuentra el mercado de esclavos. Era muy alta, mucho más de lo que yo hubiera imaginado. Si lo parecía desde lejos, cuando nos íbamos acercando a ella a través de las callejuelas su altura crecía hasta hacerse imposible, cosa de sueño o de magia.

—No mires tanto a lo alto —me dijo el viejo Roster, señalando el basural al que sin darme cuenta había conducido a mi caballo, haciéndole salir de la vía.

—En Irundast también hay muladares —dije asqueado, tirando de la brida.

—En todas partes —dijo el viejo—. Mira por donde andas o acabarás dentro de una letrina.

Cabalgábamos a lo largo de un río contenido entre dos paredes de piedra. Era uno de los muchos canales del Arne, que convertía a la ciudad montaña en una isla, y estaba cruzado por numerosos puentes, algunos curvados y otros con un arco en el centro para dejar pasar a los barcos. También aquí abajo había sauces, plantados a lo largo del canal, cu-

yas largas ramas cimbreantes se movían con el viento. Había además muchos cisnes. Algunos volaban sobre el canal del Arne y otros flotaban en sus aguas plateadas. Le pregunté al viejo que por qué no los cazaban y me contestó que no tuviera prisa, que pronto averiguaría todo lo que era necesario saber sobre los cisnes.

Una multitud se arracimaba en la entrada de uno de los puentes que comunicaban con la ciudad montaña. Era el más ancho de todos, que suelen llamar Puente de los Sauces, pero a pesar de todo el tráfico era denso y lento: carretones tirados por bueyes, carretas tiradas por mulas, carromatos tirados por yeguas, carritos empujados por siervos, un percherón arrastrando una tartana, un menestral tirando de su carro de dos lanzas, un mayoral conduciendo una ringla de vacas, un caporal dirigiendo un rebaño de ocas.

Yo veía cómo la ciudad montaña se elevaba ante mí, y sentía tanta emoción que casi me venían lágrimas a los ojos. Irundast, nombre de vastas resonancias, se resumía en aquella construcción que era al mismo tiempo una ciudad, una montaña, un edificio o quizá muchos edificios juntos, y en resumidas cuentas un sueño de la arquitectura cuya magnificencia casi me causaba vértigo. Era muy ancha por la base, y se iba adelgazando hacia arriba hasta el lugar donde nacía la inmensa y oscura Torre de los Magos, aunque era evidente que el plan original de eso que habría de llamarse Caucusa o Casa de las Tojas no había sido llevado a su fin y que la torre había sido construida en un punto en que todavía quedarían cinco o seis alturas para coronar el plan original de la ciudad montaña. Toja es, al parecer, una palabra de los artesanos verdes que significa arco.

Era difícil decidir si aquella masa de piedra que se elevaba ante mí era un edificio o muchos. Se organizaba en una sucesión de galerías sujetas por enormes tojas o arcos de piedra que iban trazando algo así como el ascenso de una escalera de caracol en la que se sucedían mansiones, palacios, parques, terrazas, cascadas, torres inscritas, arcos que se abrían

hacia el interior del edificio y donde a veces se adivinaban viviendas de apariencia corriente, con ropas tendidas a secar y jaulas de gallinas colgando de las ventanas, caídas verticales de cinco o seis alturas que eran salvadas mediante puentes y pasadizos colgantes, además de escalinatas de piedra roja, ocre o caliza de distintas alturas que iban comunicando dos, tres, cuatro o hasta siete niveles consecutivamente, además de pasajes volantes y escaleras de madera, zonas donde crecían grandes árboles (los famosos Jardines Colgantes, que según afirman son una de las Doce Maravillas del Mundo), agrupamientos, rampas, ventanas ojivales, torreones coronados de gallardetes y oriflomas, y las siete torres exentas que rodeaban la ciudad montaña y se comunicaban con el cuerpo principal mediante arbotantes o puentes aéreos de piedra, sin duda la mayor hazaña arquitectónica de todas, por los que era posible acceder a la ciudad montaña de Caucusa a distintas alturas. Aquí y allá veía o adivinaba gigantescas maquinarias cuyo funcionamiento ni siquiera podía imaginar, construcciones incrustadas entre los edificios similares a titánicas catapultas, grandes ruedas parecidas a las de los molinos de agua que eran movidas por calonges y servían, según me explicó Roster, para subir el agua, y también las célebres habitaciones semovientes de Caucusa, que eran cajas de madera grandes como una casita que subían y bajaban llenas de almas y de bestias, y todo lo que alcanzaba mi vista estaba lleno de una multitud de individuos vestidos con capas carmesíes y sombreros de pluma, damas con largos sombreros cónicos y velos colgantes, juglares con laúdes y salterios, guerreros con capas azules y lanzas de torneo pintadas de colores, senescales con jubones de brocado, pajes con perneras de distinto color, ballesteros, diáconos, frailes, magos y toda suerte de cortesanos y damiselas vestidos de negro y de rosa, de oro y de verde, de heliotropo y de borgoña.

Roster aseguró que tardaríamos menos subiendo por la calle circular que va rodeando la ciudad montaña que esperando nuestro turno en las habitaciones semovientes, de

modo que fuimos trazando círculo tras círculo por aquella construcción de la locura, y a cada vuelta que dábamos teníamos una visión más elevada de la ciudad de Irundast que acabábamos de cruzar, y al otro lado, del paisaje de marjales y pantanos de los Parques Mágicos. Ya que la ciudad montaña estaba construida, en realidad, en el extremo de Irundast y no en su centro, y señalaba el límite de los territorios humanos y el comienzo de los territorios de los antiguos Señores Elven.

Los círculos superiores de Caucusa, ocupados por mansiones y palacios, muchos de ellos abandonados e invadidos por los robles y los tilos, no eran tan bulliciosos como los de la base. Ahora estábamos, por fin, al pie de la Torre de los Magos. Tampoco era una simple torre, sino una construcción de varios cuerpos adornada con varias torretas inscritas, terrazas almenadas, chimeneas, respiraderos y peligrosas escaleras externas, muchas de ellas sin balaustres. Grandes árboles crecían también entre sus piedras, un ciprés, un aliso, un tejo, algunos con todas las raíces al aire, y me dije que una cosa así sólo podía explicarse por medio de la magia. Allí era donde vivían el rey Urbán y su familia, y sólo los Caballeros de la Sangre, los que tuvieran el sello real o los que fueran magos o aprendices de magos podían acercarse. Roster mostró un sello que llevaba y las lanzas de los soldados se abrieron para nosotros.

La Torre estaba rodeada de una amplia franja de terreno inculto lleno de hierbas y flores silvestres. Reinaba una paz en aquellas alturas casi como si estuviéramos en mitad de la campiña o en lo alto de una verdadera montaña. Por allí pacían rebaños de ovejas y también se veían campos de entrenamiento para los torneos. Había soldados sentados en taburetes de madera jugando a los naipes y un halconero vestido con un precioso traje de brocado verde que sostenía en la mano izquierda un cernícalo con la cabeza cubierta con una caperuza de cuero. Una muchacha sacaba agua de un pozo. Dos peones ayudaban a armarse a un caballero, al que vestían con una anticuada cota de malla.

Un águila de cabeza blanca volaba en lo alto, alrededor de la Torre. La vi desaparecer por una ventana, pero seguramente no era una ventana, sino una hornacina entre las piedras donde tenía su nido.

Vi la entrada principal de la Torre, de tres arcos con escalinatas de piedra y toscas estatuas antiguas de dragones en las que se enredaba la madreselva. Vi, desilusionado, que no era por aquella puerta por donde íbamos a entrar, sino por otra lateral, dos hojas de madera despintada y llena de manchas de humedad, al nivel de la hierba, que tenía una portinela abierta.

Una mujer rolliza y de mejillas coloradas, con una cofia blanca en la cabeza y un delantal de lienzo en el que se secaba las manos, apareció en la portinela y me miró con curiosidad. Roster me dijo que era Arnelda, la jefa de una de las cinco cocinas de la Torre y luego le dijo mi nombre y ella me miró con gesto crítico y me preguntó qué sabía hacer. Yo no sabía qué responderle y me preguntó entonces si sabía deshuesar un pato, cerner harina o batir la nata. Yo me eché a reír, y reí aún más cuando me hicieron pasar al interior, una estancia inmensa y abovedada llena de contradictorios aromas de abelmosco, de cebolla, de grasa de ganso, de manteca derretida, de ruibarbo y ajonjolí, en la que ardían fuegos, giraban asados y hombres y mujeres trabajaban afanosamente en dos largas mesas de madera escaldando gansos, limpiando setas, picando rábanos, amasando panes o rellenando pollos. Pero ¿para qué quería Roster que viera yo todo esto, me preguntaba yo, y para qué deseaban saber aquellas gentes si yo sabía deshuesar un pato?

—Si no sabes hacer nada, te pondremos a mover los espetones de los cisnes —dijo Arnelda.

—¿Mover los espetones de los cisnes?

—Sí, chico —dijo Roster con impaciencia señalando una boca de fuego llena de brasas al rojo vivo, frente a la cual un muchacho esquelético y desdichado hacía girar un cisne desplumado y destazado que se doraba lentamente clavado en

un espetón de hierro. La boca de esta enorme chimenea era más alta que un hombre, y estaba tan llena de carbones que brillaba como si dentro se encerrara la estrella del sol. El pobre muchacho contaba con una fina pantalla de madera cubierta de cobre para protegerse del calor de las llamas, pero la propia pantalla estaría también ardiendo por su proximidad con los carbones, y el muchacho sudaba y tenía la piel dorada, de un tono similar a la corteza coruscante del ave que se asaba.

—Ese muchacho acabará muriendo —dije yo—. Si está así muchas horas, acabará asándose él también.

—¡Compasivo! —dijo Arnelda—. ¡Un comedor de serpientes! Tienes razón, hijo. Pero Icaru está de suerte, porque ya tiene un sustituto que se asará en su lugar.

—Me alegro mucho por él —dije yo—. Aunque lo siento por el sustituto.

—Debes sentirlo —me dijo Arnelda—. Porque eres tú.

Roster se reía. Se había sentado y le habían dado un vaso de sidra caliente, que nadie se había molestado en ofrecerme a mí. Yo me sentía mareado, mareado y furioso, pero más mareado que furioso. Yo había venido a la Torre para ser escudero de alguno de los nobles Caballeros de la Sangre y para aprender el oficio de las armas, no para trabajar en unas cocinas. Así lo dije, con voz altanera, y todos se rieron de mí y me hicieron bromas y alguien me tiró un nabo que me dio en la mejilla, y no desenvainé mi espada porque no quería manchar con sangre el día de mi entrada en la Torre.

Arnelda me dijo que mi trabajo consistiría en dar la vuelta a los cisnes que se asaban frente al fuego, y que dormiría encima de la chimenea, en un hueco en el que, según me pareció, no cabría ni un gato. Todos rieron otra vez al ver la expresión de mi rostro. No era difícil subir hasta allí, dado que la chimenea tenía tallas de piedra (dos serpientes que surgían una de cada lado y entrelazaban las cabezas en el centro) y pequeños escalones y resaltes, y una vez allí arriba vi que el espacio era mayor del que parecía desde abajo,

aunque mi nueva estancia sólo me permitía sentarme en el borde con las piernas colgando o bien tumbarme bien estirado hasta que mis pies rozaban la pared del fondo. Roster dijo que allí arriba no pasaría frío, y tenía razón, porque los carbones de la chimenea no llegaban a apagarse en el curso de la noche, y bastaba con reavivarlos con el fuelle al amanecer para lograr la llama otra vez.

Descendí de nuevo. Mi espada chocaba contra las piedras. Todos se reían de que el chico que mueve los cisnes llevara una espada, y me dijeron que debía enterrarla en algún lugar lejano para que no me la robaran. Yo no sabía qué hacer. Estaba cansado y hambriento.

—¿Cuántos días tendré que estar aquí? —pregunté.

No entendían mi pregunta. Se arracimaban a mi alrededor, divertidos al notar mi confusión y mi espanto. Todos reían y hacían bromas a mi costa, todos menos una muchacha joven que se recogía el pelo con una cofia blanca y tenía un rostro rojo y macizo, no exento de belleza.

—¿Cuántos días? —dijo Roster—. Todos los días. Hasta que te hagas viejo.

—Soy el hijo de un rey —dije, intentando templar mi furia.

Todos se echaron a reír. Le preguntaban a Roster quién era yo y por qué me daba tantas ínfulas.

—Es un bárbaro que duerme en el suelo y huele igual que los osos —decía Roster a los otros—. Viene de las Tierras del Viento.

—¿Pero es verdad que es el hijo de un rey? —preguntaban.

—Es el segundón —decía el viejo.

—Es la primera vez que duermes bajo techo —me decían—. ¿De qué te quejas?

—Es la primera vez que vives dentro de una casa de piedra —me decían—. Ahora estás en un castillo. Eres parte de la casa de Pasquis, y también de la casa de Arnheim. Has mejorado en la vida y deberías estar orgulloso.

LOS PARQUES MÁGICOS

La cocina en la que ahora trabajaba pertenecía nominalmente a la casa de los duques de Pasquis, pero al haber sólo cinco cocinas en la Torre, teníamos que alimentar a todo un ejército de nobles, caballeros, magos, monjes y obispos, y nos pasábamos el día atareados. Los trabajos de la cocina parecían no terminar nunca.

Pregunté quiénes eran aquellos duques de Pasquis a los cuales servíamos y me explicaron que el duque no existía y que la casa estaba ahora regida por una mujer sola, la duquesa de Pasquis, que era la sobrina del rey Urbán. Me contaron que Arnelda, la cocinera, conocía a la duquesa desde que era una niña, y que era ésta una mujer de un carácter feroz e indómito a la que todos tenían miedo, todos menos Arnelda, que hablaba con ella como si fuera su hija. A mí todas aquellas noticias me fascinaban más de lo que estaba dispuesto a admitir, y pensé que si lograba hablar con la duquesa y exponerle mi caso, quizá ella se interesara por mí y me ayudara a abandonar las cocinas y subir a las estancias de los caballeros. Cuando le comuniqué a Arnelda mis anhelos me dijo que estaba hablando como un loco, que no olvidara que yo no era más que un siervo y que si no hacía bien mi trabajo o intentaba entrar en la casa sin permiso (así llamó a la Torre: «la casa»), acabaría ganándome unos azotes.

Me puse rojo de furia, pero me contuve. ¿Hjalmar, un siervo?

A pesar de todo decidí quedarme en las cocinas durante un tiempo. Como mi intención era presentarme a los Caballeros de la Sangre, o incluso al mismo rey Urbán, para entrar en el oficio de las armas, huir, me dije, no tenía sentido. Mi situación, bien mirada, no era tan mala, porque al menos ahora vivía dentro de la Torre. Me dije que tenía que tener paciencia y aprender los usos del lugar, y que con el tiempo se me revelaría la forma de ascender a los pisos supe-

riores para encontrarme con los que eran iguales que yo y hacer realidad mi deseo.

Me pasé días enteros moviendo los espetones de hierro donde se asaban los cisnes. La grasa de las aves iba resbalando y cayendo a una especie de bandeja alargada que había debajo, donde con el calor se iban pochando cebollas, cabezas de ajo, chalotas, pimientos y hojas de laurel y de romero, y parte de mi trabajo consistía en recoger este caldo aromático con un cazo de largo mango y bruñir con él las aves una y otra vez para que el sabor de las especias y de su propio jugo fuera penetrándolas. Era un trabajo aburrido y agotador. Me pasaba las horas sudando y bebiendo agua como si fuera una carpa de un arroyo. Jamás había bebido tanto en mi vida. Era agua que sabía a pozo y a légamo y era de color amarillento, pero la bebía de todos modos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Comía con los demás. Dormía en el hueco que había encima de la chimenea. Aprendí canciones nuevas y bromas nuevas, usé por primera vez en mi vida unos dados y unos naipes. Todos comenzaron a aceptarme. Muntzel, la muchacha que no se rió de mí el primer día, me miraba siempre con ojos melancólicos. Era una joven compacta y hermosa con algo de corza y de vaquita joven, con mejillas rojas como las cerezas y un bonete blanco bordado que le recogía los cabellos. Vestía como todas las demás mujeres de la cocina, un corpiño atado con una cinta de cuero y una falda hasta los pies, y llevaba un delantalito blanco en el que se secaba las manos. Cuando amasaba la harina o desescamaba pescado, sus caderas se movían por debajo de la falda, y yo me sorprendía admirando este movimiento y observando su nuca desnuda, sobre la que flotaban unos pocos cabellos castaños que se habían escapado del bonete.

Un día le dije que era bonita, y se puso roja como una amapola. Entonces descubrí que estaba enamorada de mí, y decidí no volver a hablar con ella, porque sabía que yo no estaría mucho tiempo en aquella cocina y no quería hacerle

sufrir. Pero no podía evitar mirarla, y buscarla con los ojos. Si ella no estaba, la cocina me parecía más triste.

—¿Es verdad que eres hijo de un rey? —me preguntó un día que estábamos los dos a solas.

—Sí, es verdad.

—Entonces, ¿por qué trabajas como siervo en las cocinas?

—No te preocupes —le dije—. No estaré aquí mucho tiempo.

—Eres un siervo. Roster te vendió por cuatro monedas de plata.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos lo saben. Roster es un mercader de siervos y eso es lo que hace. Supongo que apareció por tu pueblo y engaño a tus padres diciéndoles que iba reclutando jóvenes para que fueran escuderos en la corte. Pero ahora que han pagado por ti, tu destino está sellado.

—¿De modo que ahora no soy más que un esclavo? —pregunté aterrado.

—Nosotros no somos esclavos —me dijo Muntzel—. Somos siervos: podemos tener propiedades, y comprar una casa, y casarnos, y tener hijos, pero no podemos abandonar nuestro trabajo. Si te marchas de las cocinas, te buscarán y te azotarán.

—Nadie se ha muerto por unos pocos azotes —dije, intentando hacerme el valiente.

—Sí, muchos mueren de los azotes —dijo ella—. La primera vez te darán sólo veinte o treinta. La segunda, cien. Y la tercera, es posible que te azoten hasta matarte.

En mis horas libres salía por la portinela y vagaba por los descampados que había alrededor de la Torre. Siempre había por allí soldados haciendo la instrucción, ballesteros practicando la puntería y escuderos aprendiendo el oficio de las armas, y me divertía contemplándoles. De vez en cuando veía a alguno de los orgullosos Caballeros de la Sangre montado en un caballociervo, con su estandarte, el escudo con sus armas y el yelmo con su animal esculpido en lo alto. Veía

también a sus escuderos, casi tan altivos y majestuosos como los propios caballeros, y sentía que me corroía la envidia.

Más allá de la ciudad montaña se extendía un territorio salvaje de pantanos y marjales, islas y lagunas que constituían, seguramente, una defensa natural contra posibles invasores. Yo entonces creía que habían construido la ciudad montaña al borde de las marismas para aprovechar su posición estratégica. Como siempre me han interesado las fortificaciones militares y las defensas, descendí por la ciudad montaña, ahora que conocía los pasadizos secretos para hacerlo rápidamente, y comprobé que el canal que la protegía a modo de foso no la rodeaba del todo, y que los territorios del humedal que se extendía más allá estaban rodeados por un elevado muro de piedra erizado de torreones con arquerías y ballesteros.

Pregunté en la cocina al respecto y me explicaron que aquellos territorios eran los Parques Mágicos, que señalaban el antiguo límite de las tierras de los Señores Elven. La Torre en la que estábamos se construyó allí, precisamente, para señalar el límite de las tierras humanas, y para poder disponer de una atalaya desde la que otear los Parques Mágicos y prever la aparición de posibles peligros. Pero ¿qué peligro, pregunté yo, podría provenir de los Señores Elven, tradicionales aliados de los seres humanos?

—Los Señores Elven hace muchos siglos que abandonaron estas tierras —me dijo Martinet, el jefe de salsas, mirándome, como siempre, con gesto de vinagre—. ¿Es que no sabes nada, porquerizo? Ahora los Parques Mágicos están llenos de monstruos y de muertos. Por eso el buen rey Urbán ha prohibido la entrada a todos, y ha puesto a sus mejores arqueros en las murallas con orden de flechar y asaetear a todo el que se atreva a adentrarse allí.

—Pero si lo que se pretende al prohibir la entrada es la protección de los que entran, ¿por qué dispararles? —dije yo.

Todos me miraban sin saber qué decir. Yo repetí mi pregunta, pero el problema no era que no me hubieran oído, sino

que no estaban acostumbrados a cuestionar las normas recibidas. No era su hábito ponerse a pensar si el mundo en el que vivían tenía o no sentido, si su existencia estaba sometida por la razón o por la fuerza. Eran verdaderos siervos, no porque tuvieran una cadena en las manos, sino porque tenían el alma en cadenas. Les habían metido dentro de una caja y ellos se habían olvidado que había un mundo más allá. Aceptaban la autoridad con una pasividad que me parecía desconcertante.

DIGO QUIÉN SOY

Soy Hjalmar, segundo hijo de Rothar, Rey del Viento. Es verdad que mi país es pequeño. Dominamos unas pocas colinas, pero desde tiempos inmemoriales somos los encargados de vigilar el Círculo de Piedras y los árboles sagrados, el álamo, el haya, el fresno y el tejo que crecen en los cuatro puntos cardinales. Nuestros territorios se extienden hasta el mar, e incluyen las colinas donde están dibujados los dioses. Hay siete dioses en total, figuras inmensas realizadas con piedra caliza en las laderas de las colinas. Uno sólo las ve cuando está muy lejos. Cuando uno está cerca sólo ve un terreno cubierto de piedras blancas donde no crece la hierba, pero no puede distinguir las figuras de hombres, caballos, pájaros y otros seres que se ven con toda claridad desde una distancia de una milla. No es cierto que las hicieran los dioses, como algunos dicen. Las hicieron los hombres, mis antepasados, para señalarles a los dioses el camino de vuelta. Ya que los dioses se fueron por el cielo y volverán por el cielo, y las figuras son visibles desde el cielo.

Uno de los trabajos de mi gente consiste en mantener limpios los animales de las colinas para que sean claramente visibles desde el cielo. Las hierbas locas, los animales, el musgo y el líquen manchan y oscurecen la piedra blanca, pero gracias a nuestros cuidados las figuras de los dioses siguen limpias.